

CORREO DE MADRID.

DEL SABADO 16 DE JUNIO DE 1787.

Continuacion del Retrato de el Gran Capitan. La conquista de Napoles que procuró á Gonzalo tanta gloria, no fue útil á su fortuna. Lejos de excitar el reconocimiento de Fernando, solo le inspiró cierta desconfianza, y recelos vanos. Disgustado de que permaneciese mas tiempo en Napoles, le llamó á España, ofreciendole el Maestrasgo de la Orden de Santiago. Gonzalo no vaciló en admitir esta gracia, y para disipar enteramente los temores del Rey, rehusó el generalato de las tropas Eclesiásticas y Venecianas. Esta moderacion excitó la admiracion de la Europa, y tranquilizó á Fernando; pero al mismo tiempo que colmaba de gloria á Gonzalo, aumentaba en el corazon del Rey la secreta emulacion, que su merito le ocasionaba.

Gonzalo á su regreso instó á Fernando por la recompensa que le habia ofrecido, pero no recibió otro fruto de sus trabajos y justos clamores, sino tibias escusas que terminaron despues en claras negativas. Gonzalo desgraciado, tomó el único partido digno de él: dejó la Corte, y se retiró á Loxa. Como su estimacion era independiente del favor, lejos de disminuirse por su desgracia, le dió mas realce. No solo conservó todos sus antiguos amigos, sino que adquirió otros nuevos. Concurría en su casa todo lo mas distinguido de España, y como que se tenia por cultura el ser admitido en ella. Asi, la moda, este tirano fantástico creado por la vanidad, y á veces mas imperioso que las pasiones mismas, obligó á los cortesanos á buscarle, á los Poetas á celebrarle en sus versos, y á la nacion entera á prodigarle los testimonios mas brillantes de aprecio y admiracion. Gonzalo, consolado sin duda de la injusticia de la fortuna, por un triunfo tan lisonjero, aumentó este entusiasmo, manifestando algu-

nas cualidades que no habia podido descubrir hasta entonces: una beneficencia tan discreta como activa, una alegría, una dulzura, y una igualdad de carácter, que le daban en la sociedad un atractivo inesplicable. Era el árbitro de todos sus vecinos, y una de sus principales ocupaciones, pacificar sus diferencias, pagandole muy bien por medio del reconocimiento mas tierno, todo el tiempo y cuidados que le debian. Habia ya algunos dias que disfrutaba Gonzalo en su retiro de Loxa una felicidad de que jamas habia tenido idéa, quando el Cardenal Ximenez, primer Ministro, se dispuso á pasar á la Africa para hacer la guerra á los Moros, y quitarles á Orán. Nadie dudaba que Gonzalo fuese escogido para mandar esta expedicion, pero solamente se le consultó sobre ella. Entonces fue quando se mostró mas grande, que lo que hubie-
ra sido mandando el ejército. Despojandose de todo resentimiento personal, y no considerando mas que el bien, y la gloria del estado, animó al Cardenal, que vacilaba todavia, asegurandole el mas feliz éxito, le ayudó con sus consejos, le trazó el plan que debia seguir, le indicó la eleccion que habia de hacer de las tropas necesarias para la expedicion, y en fin le instó á que confiase el mando á Pedro Navarro, á quien miraba como uno de los mejores Generales que tenia la España. ¿Podia dexarse de experimentar el mas dulce sentimiento de admiracion viendo al primer Capitan de la Europa, repelido por el odio, y consultado por la necesidad, proceder con tan heroica rectitud, emplear todo su genio en formar el plan que habia de servir para gloria de otro, señalar él mismo el rival que contempla mas digno de reemplazarle, y manifestar de este modo una alma tan superior á las flaquezas del amor propio, de la envidia, y de la venganza?

Todos los consejos de este grande hombre fueron executados puntualmente, y el buen exito que tuvieron acreditó su solidez. Pedro Navarro atacó á Orán, y lo tomó en un solo dia. Ximenez que le habia seguido, satisfecho de haber sido testigo de esta primera hazaña, volvió á España dexando á Navarro el mando del ejército. Este general justificó la opinion de Gonzalo, apoderándose en el año siguiente de varias plazas, y entre ellas Argel y Trípoli. Estos felices acaecimientos persuadieron generalmente que ya no se recurriría jamás á Gonzalo, y que aunque Navarro no tuviese su genio ni su reputacion, le seria siempre preferido para mandar las tropas; pero una revolucion inesperada hizo conocer bien pronto quan útil podia ser todavia á su Patria aquel heroe. Fernando se halló muy cerca de perder la Italia. Sobresaltado de los rápidos progresos de los Franceses, creyó que no podia darse bastante prisa para proveer á la seguridad de aquel Reyno, y solo vió un medio de que podría valerse para conservarlo, esto es, aquel mismo hombre que lo habia conquistado. Por otra parte el Papa, y los Venecianos le instaban á que les enviase á Gonzalo que miraban como el único que podia restablecer las cosas. Un interés tan urgente determinó al fin á Fernando, y mandó que todos sus navios se juntasen en Málaga para transportar su ejército á Italia. Al mismo tiempo recibió Gonzalo en Loxa el ofrecimiento del mando general de las tropas, y este momento fue sin duda uno de los mas brillantes de su vida. La fortuna le ofreció de una vez los medios de señalar su valor, y su fidelidad, y de probar á la Europa, sirviendo con tanto celo á Fernando, que solo la gloria, y no la esperanza de las recompensas, lo podia todo en un corazon como el suyo.

Todos los cuerpos de tropas tanto de caballería como de infantería, se encaminaban á Málaga con suma diligencia, acompañadas de una infinidad de voluntarios, que el deseo de servir bajo las ordenes de Gonzalo, atraía de todas partes. El mar estaba cubierto de embarca-

ciones, y los preparativos se concluian con un ardor y prontitud increíbles. El ejército entero, confiado de que venceria con el gefe que se le daba, esperaba con suma impaciencia la llegada del heroe que debia guiarlo, y la señal de la partida. Informado Gonzalo del entusiasmo universal que excitaba entre sus amadas tropas, entrega su noble corazon al dulce sentimiento de la gratitud y gozo. Desea con ansia volver á ver á los generosos compañeros de sus trabajos, y adquirir nuevos laureles, y nuevos derechos á su amor. Mientras este grande hombre se abandona á unas esperanzas tan lisongeras, prepara la suerte á su virtud una prueba tan imprevista como difícil de sobrellevar. (*Se concluirá*)

Extracto de una carta que nos dirigió el Bachiller Sala con motivo de haberse estampado bajo de su nombre en uno de nuestros periodicos una carta en que se describía la vida de Don Alexandro Gomez y otras cosas.

Da principio el Bachiller Sala lamentandose de la suerte á que se veía expuesto su nombre, y afirmando con el Padre Arcos, que esto no podia ser efecto sino de algun inquieto impostor ó *Duen-de literario*.

Entra despues á vengar el buen nombre de un amigo suyo, á quien en la carta que motivó la respuesta que ahora extractamos, se le habia graduado de *Pintor mediano*. Sin comprometer su juicio en el merito de su amigo, sostiene el Bachiller Sala, que siendo un sugeto que solo por aficion y no por oficio habia dedicado sus tareas á la pintura mereciendo andar algun tiempo al lado del célebre Mengs, era digno de alabanza, y que su misma modestia le debia servir de salvaguardia, haciendo excusables sus defectos si los tuviese; que ni aun se podia decir que los habia habido en el retrato de Don Alexandro que se fió de su diligencia, puesto que es bien sabido que solo lo hizo por pasatiempo y con un carbon.

Sigue el mismo Bachiller notando la insulsez de los asuntos que ocuparon al

autor de la carta. Se rie altamente de la declamacion que en ella se hace de los litigantes. Sabedor de los progresos que tomaron las sociedades, y á quanto se extendieron las necesidades, si como filósofo lamenta silenciosamente estas cosas, como político las mira como un efecto preciso de las circunstancias y del tiempo.

Finalmente dice, que ni el estilo de la carta le agrada, por parecer cogido á las orillas del Guadalquivir, y que está muy lejos de caer en la tentacion de dexarla correr en su nombre.

Nosotros no podemos dejar de condescender con sus justos deseos, dando el extracto de la carta que nos dirigió, ya que por la multitud de papeles que nos inundan no podemos presentarla literal al público. Por nuestra parte estamos prontos á desagraviar á los buenos escritores, cuyos nombres sean tratados malamente por algun impostor, y al Bachiller Sala actualmente con particular razon por habernos favorecido con el retrato de Alexandro el grande, y por habernos ofrecido otros trabajos suyos, que esperamos,

Madrid. Carta.

Muy Señor mio y mi Dueño,
por la espada de San Pablo,
que si esta vez libro el seso,
no tengo seso en el casco.

¡Tanta turba de Escritores!
¡tanta manada de sabios!
¡tanto enjambre de eruditos!
¿qué es aquesto? ¿dónde estamos?

¡Nacimos en la Noruega?
¿somos recien conquistados?
¿ó nos vino por castigo,
tal langosta de Letrados?

¿No basta todos los meses,
un *Memorial Literario*,
en que afloremos tres reales,
por asuntos atrasados?

¿No basta cada semana
un *Censor* no censurado,
que por hablarnos á obscuras
nos exprima cinco quartos?

¿No basta un *Corresponsal*
imitador de sus pasos,
con otros cinco del pico,

por decirnos otro tanto?

¿No basta un *Apologista*
que aprecio de doce ochavos,
nos haga en la Burro-maquina
Bachilleres consumados?

¿No basta que á su *Estafeta*
tres quartos contribuyamos,
y pague nuestro capricho,
los caprichos de otros cascos?

¿No basta que á una criada
cerceñemos los dos quartos,
y que la infeliz ayune,
para que almuerze el *Diario*?

¿No basta y sobra lo dicho,
sin que un nuevo *Semanario*
haga de nuestro bolsillo,
á Quevedo los sufragios?

¡Santo Dios! ¡una peseta
seis pliegos de papel vasto,
con mas huecos que una casa,
y mas márgenes que el tajol
¡Una peseta, que hoy día
vale treinta y quatro quartos:
caudal que fue en otros tiempos
principio de un Mayorazgo!

¡Una peseta!::::: ¡el cavello
se me pone en pie al pensarlo!
pues quien no mira que tiene
para tres panes sobrado!

Confieso, Amigo del alma,
que el pensamiento es muy alto,
y que su autor á la Patria
hace un honor soberano.

Así lo indica la Carta,
con que le honra un Magistrado;
pero una peseta::::: ¡Cielos,
para quando son los rayos!

¡Una peseta á quien dió
catorce reales antaño,
por doce Comedias nuevas
y percibió solas quatro!

Que el Moro de Berberia
mas horrible y desalmado
me azote á pública vista,
si otra peseta le alargo.

La cuenta es cuenta, y así
restitucion grito y clamo,
ó vengan nuestras Comedias
ó el resto de lo entregado.

Si así lo hace el buen Señor
como todos esperamos,

pelillos al mar y Amigos usque in aeternum seamos.

Pero sinó por mi vida, que aun despues de sepultado, he de venir á pedirle, mis setenta y nueve quartos.

Dilatéme: usted perdone, y mande muy confiado, á su servidor constante

Lucas Aleman y Aguado.

Carta. Señor Administrador: ya que los señores M. M. y A. R. que nos han hablado de nuestros teatros, no dicen palabra de dos piezas que se han representado poco ha, quiero yo hacer esta justicia. A nada me opongo de quanto ha dicho el primero, pero debe decirse en obsequio de la verdad, que la Comedia intitulada *ver y creer* se ha representado con tanta perfeccion, que con dificultad podrá mejorarse: nunca he visto un carácter mejor sostenido que el del Rey Don Pedro, y Don Lope nada tuvo que envidiarle: todos los demas actores llenaron su papel, que sabian á qual mejor: no hubo bufonadas, gritos ó halaridos, ni se notó ningun exceso; finalmente los intermedios fueron buenos, y en especial la tonadilla que cantó Lorenza Correa, digna de los mayores elogios. Parece que el compositor de la música se propuso exáminar la aptitud de la cantarina segun la variedad que le puso. Con dificultad se hallará en la edad de esta muchacha (y no me parece exágeracion) igual destreza, y tan buen conjunto de circunstancias; voz clara, dulce, dócil, flexible y de muchos puntos de alcance, un estilo agradable y afectuoso; un cantar con sentimiento propio, y con una accion expresiva al paso que modesta, y otros primores que yo advierto, pero no puedo explicar por no ser profesor, son calidades, que se hallan difícilmente á la edad de 12 años.

Sin embargo, no faltó que notar en la funcion: Blanca no solo se pareció en esto á la nieve, sino tambien en lo frio, y es cosa digna de reparo, que quien regularmente peca en el vicio opuesto, se por-

te con tibieza quando el fuerte de la comedia no está en su papel.

La segunda Comedia es la de *El mayor monstruo los celos* (y no *de los celos*, como dicen otros, que no saben lo que se pescan): la he visto repetidamente acompañado de personas instruidas para observar con imparcialidad hasta los menores movimientos. Todos los actores parece que se propusieron contribuir al lucimiento de la nueva Dama (supernumeraria de ambas compañías para las funciones de su carácter, por si Vmd. no lo sabe) reprimiendo, y moderando su voz para ofuscar la de Mariene, que aunque clara, y perceptible en todo el corral, es poca. El merito de esta ha sido conocido de pocos, pues aunque en realidad le falta algo de lo que le sobra á la Tirana, nadie que lo entienda dejará de conocer que se revistió perfectamente del carácter que representaba, que la accion mas leve, y el accidente menos notable tuvo mucho arte, y que sus escenas mudas eran de mas merito, y mas primor, que otras cosas que se aplauden con exceso; pero no gritó, y vea Vmd. aquí porque tuvo poco aplauso del vulgo: esta misma desgracia tuvo el Tetrarca en la relacion que empieza *si todas quantas desdichas...* todo su papel estuvo bien desempeñado; pero los afectos, la naturalidad, y demás primores de esta relacion no podian mejorarse. Para que esto se conociese era preciso, que los principales actores se conviniesen en no captar la lluvia de palmadas indiscretas del vulgo, dando los gritos con que estropean el fin de las relaciones, degradando por lo regular el carácter del personage que representan, perdiendo el decoro á las demas de la escena, y lastimando los oídos delicados.

No crea Vmd. que me olvido de algunos accidentes, de que me ha parecido prescindir, como son algun reparo en las personas, ó en algun vicio no considerable, que han contraido en la accion: ni tampoco de las decoraciones; esto es una lastima, y vienen muy mal con los vestidos que sacaban: bien que esto no está en su mano. Afecto de Vmd. C. M. R.